

**Homilía de D. Joaquín María López de Andújar, Obispo de Getafe,  
con motivo de la ceremonia de Ordenación de Diáconos, el 12 de  
octubre de 2010, Festividad del Pilar, en la Basílica del Cerro de los  
Ángeles.**

*Querido hermano en el episcopado D. Rafael;  
queridos hermanos sacerdotes;  
queridos ordenandos;  
queridos hermanos y hermanas:*

Doy gracias a Dios por el don de estos nuevos diáconos que el Señor nos regala. Quiero dirigiros un saludo particular a vosotros queridos ordenandos. Hoy estáis en el centro de atención de esta porción del Pueblo de Dios que es la Diócesis de Getafe, simbólicamente representada por la gente que llena este Santuario. Lo llena de oración y de cantos, de afecto sincero y profundo; lo llena de auténtica emoción y de alegría humana y espiritual. En este pueblo de Dios ocupan un lugar especial vuestros padres y familiares, vuestros amigos y compañeros, vuestros formadores del Seminario, las distintas comunidades parroquiales y las diferentes realidades de la Iglesia de las que procedéis y que os han acompañado en vuestro camino, y a las que vosotros mismos ya habéis servido pastoralmente. También os acompañan, aunque no estén físicamente presentes las monjas de clausura, con el don precioso de su oración y los enfermos que ofrecen por vosotros su sufrimiento.

Toda la Iglesia que camina en Getafe da gracias a Dios, reza por vosotros, pone su confianza en vosotros y espera de los que hoy vais a recibir el orden sagrado del diaconado frutos abundantes de santidad y de entrega apostólica.

En estos días previos a la ordenación estaréis continuamente preguntándole al Señor: ¿Señor, cómo es posible que yo esté aquí? ¿Señor qué es lo que quieres de mí? ¿cuál es la misión a la que me tienes destinado? ¿qué es lo que la Iglesia me pide? ¿qué es, Señor, lo que los hombres esperan de mí? Y seguro que el Señor, a lo largo de todo el tiempo de vuestra formación y de una manera particular en estos últimos días, os está diciendo muchas cosas.

Podríamos resumir la respuesta del Señor en tres palabras: Si estáis aquí es porque el Señor os ha llamado, os ha consagrado y os va a enviar a una misión. Llamamiento, consagración y misión, son los elementos esenciales de vuestra ordenación, ahora diaconal y más adelante, si Dios quiere,

presbiteral. Vamos a fijarnos más despacio en estos tres elementos de vuestra vocación.

Una primera respuesta que os da el Señor es que si estáis aquí es porque **Él os ha llamado**. Siguen cumpliéndose en vosotros las palabras del Señor al profeta Jeremías: *“Antes de formarte en el vientre, te escogí”* (Jer.1,4). En vosotros ha habido una elección. La historia de vuestro camino al sacerdocio comienza por un llamamiento divino, como sucedió en los apóstoles. Jesús, después de una noche de oración, elige a sus apóstoles y al elegirlos manifiesta una intención: la intención de que estén muy cerca de Él, para enviarles después a predicar. El mismo Jesús es quien toma la iniciativa. Y así se lo hará saber al despedirse de ellos en la última cena. *“No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros”* (Jn.15,16). Y ¿por qué elige a sus apóstoles? ¿y por qué, ahora, os elige a vosotros y no a otros? ¿qué criterios ha seguido el Señor para fijarse en vosotros? Ciertamente Dios no elige siguiendo los criterios del mundo. Así lo reconocerá S. Pablo en su primera carta a los corintios: *“Fijaos en vuestra asamblea, no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas: todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha elegido Dios para humillar a los sabios”* (I Cor.26). Sólo podemos decir una cosa segura. Si habéis sido llamados y elegidos por Cristo es porque Cristo os ha mirado con amor; y un amor de predilección. La vocación al sacerdocio es una señal de predilección por parte de Aquél que escogiéndoos entre tantos hermanos, os llamó a participar, de un modo totalmente especial y único, de su amistad. *“Ya no os llamo siervos porque el siervo no sabe lo que hace su Señor, a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”* (Jn. 15,15).

Fijaos bien: vosotros, queridos ordenandos, al responder a este llamamiento del Señor, habéis hecho uso de vuestra libertad, en el grado más alto, optando por el modo de vida querido por el Señor y escribiendo, de esta forma, la página más bella de vuestra experiencia humana. Tened siempre presente, en todo momento, la opción que hoy habéis tomado. Vuestra felicidad ahora y siempre consistirá en acoger constantemente esta llamada. La felicidad del sacerdote consiste en no despreciar nunca esta llamada. La felicidad y la plenitud de la vida sacerdotal consiste en renovar constantemente, lleno de gozo y gratitud, esta llamada.

Con el rito de la sagrada ordenación para el diaconado, dais el primer paso para ser introducidos en un nuevo género de vida que os separa de todo lo mundano para uniros a Cristo con un vínculo, original, inefable e irreversible. Vais a quedar consagrados para el Señor. Este es un segundo aspecto de vuestra identidad: **la consagración**.

Para entender el diaconado y mucho más el presbiterado no hay que preguntarse, en primer lugar, qué tiene que hacer el diácono o qué tiene que hacer el presbítero. Lo que hay que preguntarse, en primer lugar, no es lo que el diácono o el presbítero hacen, sino lo que el diácono o el presbítero son. Lo que hay que preguntarse no es el “hacer”, sino el “ser” del diácono o del presbítero. Porque teniendo claro el “ser”, aparecerá después, con toda claridad el “hacer”. Y vuestro ser; el “ser” de aquel que recibe el sacramento del orden, no es el de convertirse en una especie de “funcionario de Dios”, atareado siempre en mil ocupaciones, sino el de convertirse en “otro Cristo”.

Con el diaconado se va a producir ya en vosotros una real y profunda transformación que os va a unir íntimamente al Señor; y, por el celibato, os va a convertir en propiedad exclusiva del Señor. A partir de ahora sois totalmente del Señor. Jesús quiere identificarse de tal modo con vosotros, que vuestra naturaleza es como si desapareciese delante de la suya para que en vosotros sólo aparezca ante los hombres el rostro de Jesucristo, Siervo de Dios, que entrega su vida por los hombres. Y teniendo esto claro, todas las ocupaciones que tengáis, aunque sean muy humildes y variadas y aunque, en ocasiones, os produzcan cansancio, siempre tendrán el sello de vuestra identidad; siempre serán tareas en las que resplandecerá, en medio de los hombres, la imagen de Cristo que no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por muchos. Así tiene que ser vuestra vida: signo sacramental de Aquél que ha venido a servir a los hombres hasta el sacrificio de su propia vida en la cruz.

Vuestro ministerio se va a desarrollar en el ámbito de una sociedad secularizada, cuya característica es el eclipse progresivo de lo sagrado y la eliminación sistemática de los valores religiosos. Y en ese mundo, vosotros vais a vivir entre los hombres para compartir sus angustias y esperanzas y para alentarles en sus esfuerzos de liberación y de justicia. Pero no os dejéis nunca poseer por el mundo. No os acomodéis a las opiniones y a los gustos de este mundo. Vosotros vais a estar en medio de los hombres, pero siendo para ellos un signo de Dios. No tengáis miedo a ser diferentes. La fuerza del signo no está en el conformismo, sino en la distinción. La luz es distinta de las tinieblas para poder iluminar el camino de quien anda en la oscuridad. La sal es distinta de la comida para poder darle sabor. El fuego es distinto de hielo para calentar los miembros ateridos por el frío. En un mundo disipado y confuso como el nuestro, la fuerza del signo está exactamente en ser diferente. El signo debe destacarse tanto más cuanto más exige la acción apostólica una mayor inserción en la masa humana.

Y, finalmente, el tercer aspecto de vuestra identidad, es como os decía: **el envío**. Hoy estáis aquí y vais a ser ordenados diáconos, para ser enviados. Vuestra vida va a estar ligada de forma total e irrevocable, a partir de ahora, al servicio de la Iglesia. Y para entender este envío nos puede ayudar mucho la meditación del encuentro de Felipe con el etíope, ministro de Candaces, que hemos escuchado en la segunda lectura (cf 8, 26-40).

Lo que describe el libro de los Hechos es un encuentro misionero: el encuentro de un discípulo de Cristo con uno que no tiene fe, pero siente la inquietud por la verdad.

Lo primero que vemos es que la iniciativa del encuentro la tiene Dios. Felipe obedece a Dios. Y lo primero que Dios le dice es que se ponga en camino. Que no se quede quieto esperando que la gente venga a él: *“En aquellos días el ángel del Señor dijo a Felipe: ponte en camino hacia el Sur por la carretera de Jerusalén a Gaza que cruza el desierto. Y él se puso en camino (...)”*. En aquellos tiempos, lo mismo que ahora, en un mundo pagano, que no conoce al Señor, el apóstol no puede permanecer pasivo e inerte. El apóstol, escuchando la voz de Dios, tiene que sentir en su corazón una verdadera pasión por comunicar a los hombres la fe que él ha recibido y el amor que continuamente Dios le está manifestando. Pero esta comunicación de la fe nos dice el texto que tendrá lugar en el desierto. El ángel le dice: *“Ponte en camino (...) por la carretera de Jerusalén a Gaza que cruza el desierto”*. Este dato del desierto también es importante. Para evangelizar hay que ir al desierto: lugar árido y duro, en el que no hay comodidades. Hay que entrar en los desiertos del hombre y en los desiertos de la sociedad.

Habla a continuación el texto de lo que podríamos llamar los preámbulos o las acciones previas, anteriores al anuncio del evangelio de Jesús. Estas acciones previas están descritas con cuatro verbos, es decir cuatro acciones, absolutamente necesarias para preparar el encuentro con el Señor. Dice el texto que Felipe: vio, se acercó, escuchó y preguntó. Son cuatro acciones muy importantes del evangelizador, que preparan a la persona para abrirse a la luz de la fe.

Lo primero que hace Felipe, después de caminar hacia el desierto, lo primero que tiene que hacer el apóstol, es **ver la realidad**. Y así, viendo la realidad, descubre Felipe, con su mirada, al etíope. La mirada del apóstol no es una mirada superficial. No es una mirada que se queda sólo en lo exterior. La mirada del apóstol es una mirada profunda, que llega al interior de la persona. Es una mirada como la de Cristo: una mirada llena de amor; una mirada salvadora, una mirada misericordiosa.

Pero Felipe no se queda sólo en la mirada. Después de mirar, después de situarse en la realidad, Felipe **se acerca**. E incluso, siguiendo la voz del Espíritu, “*se pega*” a la carroza, en la que está sentado el etíope. El apóstol tiene que estar cerca y vivir, como si fueran suyos, los problemas de los hombres: sus gozos y esperanzas, sus inquietudes y dudas, sus decepciones y sus búsquedas, sus avances, sus titubeos y sus logros. El apóstol no puede permanecer alejado de la vida de los hombres. No puede vivir en un mundo idílico, espiritualista, desconectado de la realidad cotidiana de los hombres. El apóstol tiene que vivir en la realidad y descubrir en esa realidad, en esa vida real, las inquietudes de los hombres y las llamadas de Dios.

Viene después una tercera acción. La acción de **escuchar**. El apóstol, antes de hablar, tiene que escuchar mucho. Felipe se acerca de tal manera al etíope, que esa cercanía le permite escuchar. Y al escuchar se queda asombrado. Aquel hombre aparentemente tan alejado de la fe de Israel, es un hombre con una profunda inquietud religiosa y con un gran deseo de conocer la verdad. Aquel hombre estaba leyendo al profeta Isaías y precisamente aquel pasaje del Siervo de Yahve, que se refiere a la pasión y muerte del Señor: “*Como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador; enmudecía y no abría la boca*”.

Los que llevamos muchos años de vida pastoral sabemos que en el corazón de todo hombre hay un deseo de verdad, hay una búsqueda de sentido, hay una profunda nostalgia de Dios: como la nostalgia del hijo pródigo, cuando lejos de su casa y muerto de hambre siente el deseo de regresar al hogar del Padre para recibir su abrazo misericordioso.

Y después de escuchar viene la cuarta acción. Es el momento de la **pregunta**. Y no se trata aquí de una pregunta indiscreta. Es una pregunta que llega al corazón. Es la pregunta que va a poner al descubierto los anhelos más profundos del corazón humano. Felipe le pregunta: “*¿entiendes lo que estás leyendo?*”. Es una pregunta muy parecida a las preguntas que Jesús resucitado hace a sus discípulos cuando se sienten desconsolados por la muerte de su Maestro. Es como la pregunta que Jesús hace a María Magdalena: “*mujer, ¿por qué lloras?*”. O la que hace a los discípulos, desde la orilla del lago, después de una noche sin conseguir pescar nada: “*Muchachos ¿tenéis pescado?*”. O la que hace a los discípulos de Emaus: “*¿Qué es lo que venís comentando por el camino?*”. Son preguntas que sacan a la luz la soledad y el desconsuelo del hombre, cuando no tiene a Dios.

Y el etíope le contesta a Felipe con otra pregunta: “¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?”. Es el momento en que el hombre se abre a la verdad y pide que alguien le explique el sentido de su vida. Es el momento en el que el hombre abre las puertas de su corazón para que entre la luz de Dios. Es el momento en que Felipe empieza a hablarle de Jesús. “Felipe se puso a hablarle y tomando pie de este pasaje del profeta Isaías, le anunció el evangelio de Jesús”.

Felipe anuncia al eunuco el amor de Dios manifestado en Jesucristo. Felipe le devuelve a aquel hombre la paz. Y no sólo eso, sino que después, cuando ya este hombre ha acogido en su corazón el Evangelio de Cristo, se une plenamente a Él recibiendo la gracia del bautismo. Y el relato termina diciendo que “el eunuco siguió su viaje lleno de alegría”.

Al final de todo proceso de fe siempre está la alegría: la alegría del que ha encontrado, en Cristo, la luz de la verdad, y la alegría del apóstol que, a pesar de su indignidad y pobreza, se siente elegido por Dios para llevar a los hombres el gozo del evangelio. Queridos ordenandos: el Señor os llama a vivir esa alegría. Y os puedo asegurar que esa alegría compensa con creces los trabajos y sufrimientos que lleva consigo la evangelización.

Queridos ordenandos, a pesar de las apariencias, el mundo está hambriento de Dios. Hoy también, como este personaje bíblico, hay muchos hombres que viven en la oscuridad y están pidiendo a gritos que alguien les muestre dónde encontrar la luz. Y como el eunuco se preguntan, y os preguntan: ¿cómo vamos a entender el sentido de nuestras vidas si nadie nos guía?

Vosotros habéis sido llamados y enviados por Dios para guiar a estos hombres. Que vuestras vidas estén siempre llenas de Dios. Que todo en vosotros: vuestros pensamientos, vuestras palabras y vuestras obras, hablen de Dios y lleven a los hombres a Dios. No os apoyéis nunca ni en el dinero, ni en los honores humanos, ni en la sabiduría del mundo, sino sólo en Dios. Que vuestra vida atraiga porque en ella vean a Dios y sólo a Dios.

Pedimos a la Santísima Virgen, la llena de Dios, que os acompañe y bendiga. Que Ella interceda por vosotros ante su Hijo para que os conceda la gracia de la santidad. Que Ella os guíe para alcanzar de su Hijo el amor que da la vida y la gracia necesaria que os haga capaces de engendrar a Cristo en el corazón de los hombres. Amén.